

El Tema del Cuzco

por Sebastián Salazar Bondy

En días pasados, con motivo de las declaraciones que sobre la interrumpida reconstrucción del Cuzco hicieron a nuestro diario diversas personas, este cronista se hizo eco de la sugestión del doctor Raúl Porras Barrenechea en el sentido de organizar una colecta pública con el fin de acarrear fondos para continuar con los trabajos detenidos en esa ciudad. La derogatoria de la ley que acordaba una partida presupuestal para dicho efecto y la modificación de la que destinaba el producto de un impuesto al mismo patriótico objeto, constituyeron un duro golpe para la realización de aquella obra de primordial interés nacional. Muestra de un centralismo agudo, la indiferencia estatal debía ser, a juicio de la mayoría de los intelectuales y técnicos que opinaron al respecto, conjurada por la acción privada, en primer lugar porque el Cuzco representa la más cabal y significativa supervivencia del esplendor antiguo y la promesa latente de lo que con el tiempo y la sedimentación cultural habrá de ser la fisonomía espiritual del Perú. En esa oportunidad, este cronista reclamó de algunos conocidos coleccionistas y aficionados al arte, una intervención pecuniaria generosa y directa.

Defensa del Cuzco

No se trató, por cierto, como parece que ligeramente se entendió, de imponer a nadie un perentorio deber. El razonamiento era el siguiente: si hay quienes dedican dinero y tiempo a salvar de la destrucción y la pérdida de algunos tesoros —cuadros, esculturales, objetostos decorativos, etc.— no ha de ser imposible que esos mismos "amateurs" consideren al Cuzco y sus reliquias como los más valiosos testimonios de la grandeza creadora del país pretérito, que es, sin lugar a dudas, el país eterno. Por ende, así como reúnen en colecciones particulares piezas de cerámicas prehispánica, cuadros coloniales y obras de platería, por ejemplo, es natural que se sientan inclinados a contribuir a que ese museo vivo, esa exposición pública y expresiva que es la vieja Capital Incaica, se recobre del marasmo actual y sea un enorgullecido patrimonio de todos los peruanos, de los de hoy y de los de mañana. Pensó el cronista, al escribir el anterior artículo, difundir una idea que no le pertenece, pero que se le revela como una verdad indiscutible. Cada cual a su modo, dentro de sus posibilidades y en la medida de sus fuerzas, debe acudir en defensa del Cuzco, algo más que una denominación abstracta, colmada de resonancias legendarias. Una incitación, en realidad, a hallar nuestro sentido, nuestra vocación, nuestra alma profunda.

El Cuzco, aun en la situación presente, conmueve a propios y

extraños. Hay lugares en el mundo, sitios predestinados, que parecen contener un poder misterioso, y uno de ellos es la Ciudad Imperial. Desde el paisaje limpio en sus complicaciones, severo en su variedad, intenso en su apacible grandeza, emana de ahí un hálito abrumador. La ciudad misma, no obstante la miseria que clama en los arrabales y se comunica hasta su sector céntrico, a pesar de los escombros que denuncian que poco ha sido lo que se ha hecho desde la catástrofe de 1950, golpea la sensibilidad con una ráfaga de singular majestad. La arquitectura mixta, esa suerte de simbiosis incaico-barroca que tanto llama la atención, no es la clave de esta atracción. El secreto es que detrás, o más allá quizá, de los muros pétreos, de las portadas coloniales, de las formas estéticas con que los pobladores de la ciudad han revestido sus monumentos, está la historia, es decir, la vida, pues no es la muerte precisamente la que dota a la materia de semejante elocuencia. El proceso de acendramiento cultural que significó la adecuación, inclusive contra la violencia, de lo hispánico a lo autóctono, fué detenido de pronto por razones que no es el caso indagar. Pero el símbolo sobrevivió. Y ahí está, aunque maltratado y bajo la amenaza de desaparecer.

La Reserva Peruana

Si el viaje al Cuzco se convirtiera en una obligatoria peregrinación de todos los peruanos —de todos los americanos, se podría decir—, no habría nadie insensible al drama. Basta un contacto con él para tener una noción nítida de lo que significa. Pero como dicho conocimiento no se lleva a cabo, no es regular y generalizado, es necesario que los que comprenden la lección que entraña esa añeja ciudad obren a su favor con todo empeño. A eso se debió la idea del doctor Porras Barrenechea, que el que esta nota firma procuró difundir y para lo cual apeló a una decena de personas cuya preocupación por el espíritu y la cultura del Perú está larga y suficientemente probada. Es indudable que bastantes de ellos, si no todos, responderán a dicha sugestión, porque es evidente que en el país, a despecho de síntomas que pueden parecer deprimentes, existe una reserva cradora, plena de vitalidad. En ella hay que confiar, pues es ella la que, de un modo u otro, en los momentos más difíciles de la existencia peruana, ha movido y puesto en marcha el ánimo de proseguir triunfante. Y, así, el tema del Cuzco, nuevo mientras dura los males que aquejan a la ciudad de los Incas, volverá a las cuartillas siempre como una primicia.